

SARA SEFCHOVICH

el cielo

C O M

P L E

T O

*mujeres
escribiendo,
leyendo*

En un mundo que política y culturalmente aún dominan por mucho los varones, la escritura femenina sigue siendo un espacio contestatario, incomprendido y, sobre todo, necesario. En este contexto, Sara Sefchovich rompe con las ideas fáciles sobre la literatura escrita por mujeres y confronta los postulados comunes acerca de este conjunto de plumas. Autoras tan disímbolas como sor Juana, Yourcenar, Duras, Poniatowska o Sexton se reúnen en estas páginas, en las que se combina la polémica, la erudición y el más puro placer de divulgar el conocimiento y la discusión. La vitalidad e importancia de la literatura escrita por mujeres es cada vez más innegable, y esta obra es un vigoroso y dinámico testimonio al respecto.

Para Sol que ilumina todo el cielo

BIENVENIDA: EL CAMINO AL CIELO

Leo y leo sobre escritoras. Es una vieja obsesión. Me interesa menos, como decía Djuna Barnes, «el gran hallazgo de un estilo, la belleza de la expresión, el fulgor del ingenio y de los personajes», que los mundos mentales que ellas habitan, de los cuales su literatura da fe. Todo lo que digo en este texto va en consecuencia con eso, y es resultado de esa mirada, de esa manera de entender el mundo y de explicar las cosas.

También leo teoría, reflexiones, ideas, interpretaciones, juicios. Me fascina el esfuerzo mental que me exigen y la inteligencia que despliegan sus autores ante mis atónitos ojos. Disfruto mucho este hacer. Hay una enorme dicha en poder escarbar, darle vueltas, atreverse a decir, construir mundos con las suposiciones que uno se hace de las mentes y las creaciones literarias ajenas.

Por supuesto, leo lo que escriben las escritoras, su narrativa, sus ensayos, a veces su poesía, pero lo hago sobre todo para buscar lo que dije arriba y con el deseo secreto de ver si algo se mueve, algo se siente, algo ocurre en mi interior. «Vemos lo que está allí para nosotros. Absorbemos solo aquello que dejamos penetrar», escribió alguien. La verdad es que muchas veces no me sucede nada con esas lecturas, o no me pasa con la intensidad que quisiera. Pero en aquellas ocasiones en que sí, es difícil describir el

placer que provoca, las mañanas y tardes con luz diferente en las que habito durante semanas.

Haber leído un libro muchas veces no nos da derecho a explicarlo a otros, decía T. S. Eliot, y estoy de acuerdo. Por eso yo no explico, sino que recreo, invento, le cuento al lector mi lectura, o como afirmó un crítico, recompongo y organizo los textos en un orden personal que no oculta afinidades¹¹. No se trata entonces, de una aproximación crítica sino afectiva, y por eso previamente le hago esta advertencia: para que sepa el territorio en el que me muevo y al que lo voy a invitar a acompañarme en estas páginas.

También conviene que sepa las varias miradas que encontrará en ellas: la de la lectora, la estudiosa, la escritora, todas así, en femenino. Por eso verá que en algunos casos me dejo llevar por la reflexión, en otros por la emoción, en otros por la ambición de conocer, y ¡ay! por el deseo de imitar.

¿Para qué publicar un texto como este?

Tal vez para sumar mi voz a la de otras que hablan de lo mismo y han construido un mundo enorme y maravilloso con ello. O para darle sentido a un trabajo de tanto tiempo, cuarenta años de leer y de escribir sobre estos temas. O para darme el gusto de compartir el deslumbramiento y el pensamiento. O para cerrar un círculo interno y llegar a alguna parte que no sé cuál es, pues como escribe la poeta Gloria Gervitz: «¿A dónde llegué? ¿A dónde había que llegar?».

Primera parte
IDEAS PENSADAS

No basta con describir lo que somos, hay que inventarnos.

ROSARIO CASTELLANOS

¿POR QUÉ EL INTERÉS EN LAS MUJERES?

Cuando nos enseñan historia nos dicen: mira, este señor es un guerrero que libró batallas, un rey que gobernó, un arquitecto que construyó, un médico que alivió, un investigador que descubrió, un banquero que financió, un escritor, un empresario, un periodista, un agricultor, un pintor que han hecho cosas importantes.

La mayoría de las veces estos personajes son hombres y desde pequeños aprendemos que a ellos les debemos lo que es el mundo y que a través de ellos y su obra nos explicamos la vida. Así ha sido desde siempre y así sigue siendo hoy.

¿Por qué? ¿Acaso las mujeres carecen de talento para hacer cosas importantes?

Contestar esta pregunta requiere primero desarmar las premisas sobre las que está elaborada. ¿Cómo se define cuáles son las cosas importantes, las que entran en el recuento de la historia?

El modo de pensar predominante hace que en nuestra manera de ver y entender el mundo y la vida, la historia y la cultura solo deban conocerse desde fuera del hogar, es decir, en la vida pública y en los grandes momentos como las guerras, descubrimientos, construcciones, y desde arriba, es decir, desde el poder. Esto es lo que nos han enseñado, así hemos aprendido a pensar.

Y de allí ha resultado, como si fuera lo más lógico, que las mujeres hayan quedado excluidas, precisamente debido a que, por su situación social y por las funciones que cumplen en la sociedad, no están presentes en esos lugares ni en ese tipo de acontecimientos. Las mujeres no ocupan lugar en la historia ni en la cultura porque la historia y la cultura se ven desde un lugar en el que ellas no han podido estar y al que muy rara vez han tenido acceso. La definición de lo importante, de lo heroico, de lo artístico, de lo ético, de lo bello, tienen que ver con una idea del mundo y de la vida donde lo que interesa y cuenta no es lo que han podido tener y hacer y pensar las mujeres.

Por eso las mujeres, las familias, la vida cotidiana, la vida privada, no parecen estar en la historia. Por eso parece como si esta solo se compusiera de momentos de excepción, de acontecimientos de carácter político o militar o artístico que, como dice Asunción Lavrin, «son los signos de distinción de un mundo dominado por valores masculinos y orientado a las acciones de los hombres»^[1], mientras que las mujeres «solo» cuidamos, nutrimos, limpiamos, consolamos, nada de lo cual parece significativo ni importante.

Pero es en la vida privada, esa que se lleva a cabo dentro del hogar y la familia, donde se define lo que somos. Porque ¿para qué se hace la guerra y la política y para qué se estudia y se investiga la naturaleza y se invierte en tecnología y se escriben novelas y se componen conciertos sino para alcanzar una mejor calidad de vida, de la vida de todos los días y de cada uno de los seres humanos?

Y sin embargo, hasta hace poco tiempo, no quisimos asomarnos a ese otro lado, no creíamos importante sacar de la oscuridad esa vida de todos los días que es la que nutre, sostiene, alienta, consuela, justifica y explica a los grandes acontecimientos, a los héroes, a los creadores, a las filosofías y a las artes.

Apenas en el último cuarto del siglo XX, surgió una corriente de pensamiento que acometió el estudio de la historia, la cultura y la sociedad de un modo nuevo, dejando entrar aire en las anquilosadas formas tradicionales del conocimiento.

De ese afán surgieron temas nuevos, como por ejemplo el estudio de las mujeres y de su lugar y papel en la historia y el estudio de la vida privada y cotidiana. Ambos empezaron a merecer un lugar en nuestras preocupaciones cuando se hizo evidente que no se podía seguir dejando fuera a más de la mitad de la humanidad y al ámbito en el que se genera, mantiene y reproduce el tejido social, así como sus representaciones, sus valores, su moral.

A partir de entonces, la familia, la vida cotidiana, la vida privada, el cuerpo y la sexualidad, todo ese «otro lado de la historia» pudo salir a la luz tanto en su pasado como en su presente, y en todos los ámbitos: dentro del hogar, en el mundo laboral, en la política, en las artes y la literatura. Y nació también el interés por conocer a las escritoras: rescatarlas de la oscuridad o del franco olvido y teorizar sobre si la literatura femenina es diferente a la de los hombres, y en caso de que lo sea, en qué consiste esa especificidad.

Eso se hizo desde el feminismo, que en la segunda mitad del siglo XX, se convirtió en una teoría y una práctica, un pensamiento y una acción, un sueño y una propuesta de vida que revolucionaron al mundo y significó la crítica más radical tanto a la tradición del pensamiento occidental, con sus presupuestos epistemológicos e ideológicos, como a la estructura del poder establecido, en todos los niveles: desde el político hasta el económico, desde el laboral hasta el que se da al interior de la familia.

A partir de esas propuestas, fue posible derivar ideas y métodos que le dieron nuevos enfoques a los estudios de lo social, lo político y lo cultural, lo cual permitió no solo «añadir a las mujeres al lugar en el que antes no figura-

ban»^[2], sino «subvertir todo el modo de pensar respecto a ellas»^[3].

Este libro se explica por esos afanes y se inserta dentro de esa línea de pensamiento.

LAS MUJERES ESCRIBEN

¿**P**or qué escriben las mujeres?, preguntábamos. Y respondíamos: la escritura siempre ha sido un privilegio de clase. Fueran hombres o mujeres, los campesinos, obreros y prestadores de servicios, no disponían de tiempo, recursos y educación para hacerlo. Fueron solo los aristócratas y después los burgueses quienes pudieron dedicarse a leer, pintar, componer música y escribir.

Y aunque dentro del privilegio de clase, la escritura fue un privilegio masculino, las mujeres siempre leyeron y escribieron, pues fueron ocupaciones no condenadas socialmente (por supuesto con control sobre sus contenidos y siempre y cuando no incurrieran en ellos demasiado) y hasta modos elegantes de su época, desahogos, empleo del tiempo de ocio, refinamiento espiritual.

Su escritura se configuró como una salida contra la aburrición y contra el peso de las convenciones e imposiciones de la sociedad. Fue una manera de desahogarse y una protesta por la falta de un cuarto propio y de medios económicos propios. Expresión de frustración, del encierro en un ámbito limitado y en una tradición social y religiosa que asfixian, de la atención concentrada en la familia y de la imposibilidad de salir al mundo y respirar en él a sus anchas.

Las mujeres escribieron para no aburrirse («E de ocuparme de algo para poner en práctica el precepto de Ripalda que manda huir de las tentaciones | como no hay cosa peor que la ociosidad, la prevengo con escribir ya que no sea posible hacerlo con oración, consejo y recato»^[1]), para conjurar a Eros, para liberarse de la vida cotidiana, para no quemarse las entrañas, para sobrevivir a la soledad, para burlarse de las convenciones sociales, para soñar, para transgredir, para nacer, para romper un mundo como quería Hermann Hesse^[2]. Así lo hizo sor Juana cuando se encerró en un convento para «vivir sola y no tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros»^[3], y cuatro siglos después así lo hizo María Luisa Puga cuando se encerró en una cabaña junto al lago de Zirahuén, en Michoacán, para dedicarse a ello y a nada más^[4]. Como escribió Alfonsina Storni, resumiendo esta actitud: «Yo soy como la loba, quebré con el rebaño y me fui a la montaña, fatigada del llano»^[5].

Dice la China Mendoza: «Escribo porque me he tomado el derecho que nadie dádome ha, muy al contrario, negándoseme es. Solitaria brasa, terco incendio del alma. Escribo con los pedazos de la carne en la soledad. Pesarosamente segregada y porque es, mi escribir, la insolente libertad que me pertenece. Escribo porque si no lo hiciera me hubiera ya muerto de tantas lágrimas. Porque la palabra es mi respiración, porque si no escribo hoy una flor se cierra en el monte. Escribo para lavarme las manos de tanta suciedad que a mi alrededor se acumula»^[6].

Pero las mujeres escriben también como expresión de la alegría, del amor, de los hijos, de la vida misma: «Ha amado tanto su vida que para defenderla hizo nacer un instinto creador de la más pura sutileza», escribe Luisa Josefina Hernández de su personaje Elena^[7].

Por eso, como diría Juan Rulfo, las palabras de las escritoras no son para comunicarse con los demás, sino para

explicarse a sí mismas. Así lo escribió Isabel Fraire: «No hay otro rostro nunca en el espejo, es un solo rostro el que con tal detenimiento examinamos»^[8].

¿Qué escriben las mujeres?, preguntábamos.

Y respondíamos: Simone de Beauvoir dijo que la mujer siempre ha definido su vida tomando al hombre como único marco de referencia^[9]. Y María Luisa Bombal lo puso así: «Los hombres, ellos logran poner su pasión en otras cosas, pero el destino de la mujer es remover una pena de amor en una casa ordenada ante una tapicería inconclusa»^[10].

Los temas recurrentes de las mujeres son los que tienen que ver con la representación de su vida: la infancia y juventud, el matrimonio, el amor y la pasión, el hogar y la maternidad, la soledad y la vejez, la fe y el descreimiento, la envidia, el deseo y las ganas, el miedo, la culpa, la angustia, el desengaño^[11].

Emociones íntimas, mundos privados, asuntos cotidianos, «el transcurrir de la experiencia entre la soledad y el miedo, el amor y la muerte, la locura y el sueño», como dijo alguna vez Amparo Dávila.

Una experiencia, empero, que el mundo ha dividido en partes irreconciliables: el bien y el mal, la luz y la oscuridad, la emoción y la razón, Eva y María, Dalila y Judith, «ídolo y sierva, fuente de vida y poder de las tinieblas»^[12], casta Lucrecia o lujuriosa Aspasia.

Y la síntesis parece imposible:

En dos partes dividida
tengo el alma en confusión,
una esclava a la pasión
y otra a la razón medida^[13].

¿Cómo es esa escritura?, preguntábamos.

Y respondíamos: con poca complejidad, poca problematización formal, una estructura plana y hasta lineal, un empleo menos rico del lenguaje, menor innovación y experimentación. Escritura medida, hay en ella poca acción, poca velocidad, un mismo tono sostenido. Se trata de una expresividad contenida, de un discurso poco denso^[14], de una temática centrada en un problema único, o como diría Raymond Queneau, «el estilo Odisea»: un personaje individual que a través de diversas experiencias va evolucionando hasta adquirir una personalidad^[15]. Lo confesional es su marca, como lo es la poca distancia con su tema^[16].

Tal vez por eso la misma Simone de Beauvoir dijo que ninguna mujer había reunido el talento y la locura que hacen juntos al genio^[17].

Pero lo que sucedía era que sus vidas y sus mundos eran lo contrario: la normalidad, o como señaló Annette Kolodny, «el círculo de la costura y no el barco ballenero, la guardería infantil y no la oficina del abogado»^[18]. ¿Se puede sostener que existe una literatura femenina por el hecho de estar escrita por mujeres?, preguntábamos.

Y respondíamos: esta que parece una pregunta sencilla no lo es. Algunos sostenemos que sí, porque en ella existen elementos como los ya mencionados. Otros, en cambio, afirman que no, pues no aceptan que el postulado de partida sea que la diferenciación dentro de la literatura se base en un elemento biológico. Para quienes así piensan, lo que hace femenina a la literatura no es el sexo de quien la escribe, sino lo que los textos construyen, lo que subvierten, lo que proponen: «Lo que hace ser escritura femenina a un texto, es que cuestione el discurso masculino y hegemónico más allá de quien lo escriba»^[19], y que «deconstruya irónica, paródica o agresivamente los discursos hegemónicos»^[20].

¿Entonces, es diferente la literatura que escriben las mujeres de la que escriben los hombres?, preguntábamos.

Y respondíamos: quienes pensamos que sí lo es, sostenemos la idea en el hecho de que cada ser humano nace y vive en un momento histórico, un lugar social y cultural, con su carga de códigos, esquemas, relaciones de poder, convenciones, tradiciones y lenguaje. Con esto cargan por igual los hombres y las mujeres que escriben.

La escritura de las mujeres es diferente de la que escriben los hombres porque, como dijo Virginia Woolf, está escrita desde el punto de vista con que ve la vida la mujer. Y no podría ser de otra forma pues es desde ese lugar desde el cual ella se apropia de la realidad y la transforma en subjetividad, como han dicho desde Freud hasta Lacan^[21]. Esta subjetividad es la que, como diría Octavio Paz, «se transmuta en literatura, se transforma en arte»^[22]: «La escritora, como ente social de un grupo particular, posee una visión de la realidad diferente a la de los hombres», escribió Lucía Guerra Cunningham^[23].

Al nacer mujeres adquirimos una identidad como tales, porque vivimos en un mundo que nos hace sentir mujeres (con lo que esto quiere decir en cada momento de la historia y en cada cultura) y nos los evidencia constantemente: «Los sistemas de género se entienden como procesos de construcción de sentido»^[24].

Dicho de otro modo: que biología y realidad social y psicológica son entonces las responsables de ese distinto lugar que han ocupado las mujeres y desde el cual viven la vida y escriben la literatura.

¿Cómo leer la escritura de las mujeres?, preguntábamos.

Y respondíamos: lo primero que hay que hacer es rescatar lo que ellas han escrito, sacarlo de la oscuridad y el silencio y llevarlo a la luz. Esto no significa solamente mostrar la historia de las mujeres ocultada e ignorada, sino